

1951

Los hombres llegan antes de que despunte el día. *Tiuollda* es el primero en oírlos, aguza los oídos en dirección a la ventana.

—¿Qué pasa, gatito? —Se levanta despacio y escudriña la oscuridad al otro lado de la ventana. No se ve nada, no se oye nada, tan sólo el suave lamento de los árboles helados. ¿O acaso se engaña?

Echa leña a la estufa, y la voracidad crepitante de las llamas rompe el silencio, que de repente se le antoja amenazador. Sobre las vigas del techo se deslizan puntos luminosos, inquietos como la aurora boreal de la noche anterior. Una aurora boreal verde, un saludo de los muertos.

*Tiuollda* se pone nervioso, se baja de la cama de un salto y se mete debajo del banco que hay junto a la estufa. *Tiuollda*, su consuelo cuando lo recogió su hija. Su apoyo cuando vecinos y amigos ya no se atrevían a acercarse.

Todo ha terminado, vienen por mí. Sabe, con una certeza heladora, que va a morir. En el cielo se escucha un retumbar, un sonido atronador que se aproxima, tan ruidoso que acalla el crepitar del fuego. Se creía segura allí. Cómo nos ciega el deseo de vivir, piensa.

Las luces del helicóptero envuelven la cabaña, vagan por los abedules, descienden hasta el hielo. Ya no le queda tiempo, empuja el armario hasta que logra acceder a las tablas sueltas de debajo, en el suelo. Lanza a la negrura el tambor y el abrigo. Es un sacrilegio, un sacrilegio, le grita el cuerpo entero. Sin embargo,

necesita aferrarse a la esperanza de que su hija encontrará ese legado.

Lleva a *Tiuollda* hasta la puerta, le pide que se vaya. El animal se aferra a ella con fuerza. ¿Adónde iba a ir, quién lo salvaría? Sin duda, no esas criaturas miedosas que viven en las casas vecinas.

Puede que no vengan por mí. La consabida esperanza, fruto ponzoñoso del terror. Quedarse quieta y rezar para que les toque a otros. Invoca a sus espíritus protectores, el cuervo, el zorro. Tararea sus cánticos, llevando el familiar compás con la pierna. Pero los espíritus protectores se esfuman sin más cuando los hombres entran por la puerta de la cabaña, la tumban sobre la cama y la violan y después le retuercen el pescuezo al escandaloso *Tiuollda*.

¿Sueña, está despierta, ha muerto ya? Lo ignora, y los hombres la arrojan a la bodega del helicóptero. Hombres jóvenes con los ojos muertos que escupen delante de ella, la insultan y se ríen cuando el aparato despega desde el hielo.

La que un día fue su tierra se va alejando. De su cabaña sale humo blanco. Unas botas sucias la empujan hacia la portezuela abierta del helicóptero. Los hombres se burlan cuando la lanzan al cielo: «Si eres chamán, vuela».

Grita y no puede gritar. Vuela y no puede volar. Extiende los brazos y se precipita en la noche, mortificadamente despacio y, sin embargo, demasiado deprisa.

## PRIMERA PARTE

# DESEO

*desire is hunger is the fire I breathe  
love is a banquet on which we feed  
(...)  
come on now try and understand  
the way I feel under your command<sup>1</sup>*

«Because the night»  
Patti Smith Group

---

<sup>1</sup> «El deseo es sed es el fuego que respiro / el amor es el banquete que nos damos / (...) / intenta entender / cómo me siento a tus órdenes». (N. de la T.)



## Sábado, 7 de enero

«**A**hora sabes lo que se siente.»

La frase es enigmática, inconexa. No tiene interlocutor, ni rostro. Judith Krieger, inspectora jefe de la brigada de Homicidios, se queda muy quieta. Alguien le ha dicho esas palabras, tal vez incluso alguien a quien conoce. La frase ha de tener algún sentido. La inspectora intenta volver a evocar esas ensoñaciones. Piensa en los expedientes que se amontonan en su despacho, por todas partes, y después en la infausta rifa navideña. No sirve de nada. Ni siquiera se le ocurre lo que puede significar ese «ahora», que suena malicioso, casi amenazador.

Se pone el albornoz y llena un vaso de agua del grifo en la cocina. Son las 2.11. No le extraña que el teléfono empiece a sonar. Es como si lo esperara, sin darse cuenta.

—Krieger.

—Henning, policía judicial. Lo siento.

—No importa.

En la mesa de la cocina, debajo del periódico, busca lápiz y papel mientras el agente sigue hablando al otro extremo de la línea.

—Un cadáver en la estación de cercanías de Gewerbepark, probablemente el conductor del tren. Podría ser un accidente, pero seguramente no.

—Envíeme un coche.

Abajo, en la calle, la recibe la llovizna, en el bordillo se ven los restos reblandecidos de un cohete de Nochevieja. En el aire de la ciudad flota la banda sonora del fin de semana: motores, retazos

de conversaciones, música. Judith cierra los ojos mientras un coche patrulla la lleva al noroeste a través del bullicioso centro. De repente echa de menos algo, quizá simplemente a un yo más joven. Hubo un tiempo en el que creía poder distinguir el bien del mal y encontraba una esperanza para cada desaliento.

Al pie de la escalera que conduce a la estación de cercanías de Gewerbepark esperan otros coches de policía. La estación está en alto, sobre un montículo descuidado que se prolonga en un terraplén agreste. Al otro lado del túnel Judith distingue unos jardines abandonados. La zona que queda entre Ehrenfeld y Bickendorf, que da nombre a la parada, se encuentra en pleno período de cambio; a los distintos talleres, concesionarios de vehículos y charrerías se han unido los primeros edificios de oficinas. En la calle que lleva hasta la estación hay casas que van a ser derribadas y una vieja fábrica de ladrillo. En las ventanas no se ve luz, y el único local a la redonda, una pizzería, ha cerrado hace tiempo.

—¿Inspectora Krieger? —Una oficial peinada con una cola de caballo tirante señala vagamente la escalera—. El testigo que nos llamó aún está aquí.

Grafitis en las paredes; en los escalones, basura, cercos de orín y vomitonas. La oficial sigue a Judith en silencio hasta arriba, donde otros agentes custodian a un hombre nervudo con el pelo canoso cortado a cepillo. El cadáver no se ve.

—El cadáver está allí. —La mujer apunta a un tren parado con los faros encendidos que se halla a unos ciento cincuenta metros de la estación.

—¿Cómo lo encontró ahí el testigo?

—Dice que fue hasta allí porque el tren no entraba y quería quejarse. —La mujer baja la voz—. Huele que apesta a alcohol.

—Voy a echar un vistazo —dice Judith—. Que no se vaya. ¿Qué hay del servicio?

—No se ha interrumpido, el tren está en un apartadero.

Uno de los agentes le da una linterna y Judith salta al balasto y la enciende. En el aire la llovizna cuelga como un filtro, se asienta en su pelo, en su rostro, en su abrigo. Millones de gotitas que borran huellas a un ritmo imparabile. ¿Cuánto tiempo ha pasado

desde que se encontró el cadáver? Demasiado. Judith aprieta el paso. Las vías desprenden un brillo frío con la luz de la linterna, los faros del tren ciegan a Judith. Al otro lado de Gewerbepark el Amor, un enorme burdel, parece estar al alcance de la mano: nueve plantas en cuya fachada parpadean los neones rojos. Algo más lejos la catedral flota sobre las luces del casco antiguo como en medio de una niebla de colores.

El cadáver yace en el balasto junto a la cabina de conducción del tren, una pierna doblada, medio de lado sobre el vientre, como si durmiera. Sin embargo la cabeza, exageradamente torcida hacia atrás, desbarata esa primera impresión de apacible relajado. La cabeza y la sangre que ha manado de su boca, ligeramente abierta. Es casi negra. Oleosa. Judith se agacha y alumbra el rostro del hombre. Los ojos ya están vidriosos, y pese a ello a Judith le da la impresión de que la miran y le piden algo, el hombre no entiende lo que le ha sucedido, no está dispuesto a aceptar su muerte. El olor a sangre le sube por la nariz. Metálico. Dulzón. Un humor vital que empieza a descomponerse, inservible. También huele a orina y heces. Probablemente el hombre se lo hiciera en los pantalones al morir.

—No paro de pensar que intenta decir algo.

El policía que ha estado custodiando el cadáver cruza los brazos.

—¿Qué?

—¿Qué?

Mira a Judith irritado.

—¿Tú qué crees que intenta decir?

El agente se encoge de hombros.

—Ni idea, es una tontería.

Sin decir nada Judith se pone como puede los guantes de látex en las manos mojadas. El cadáver es corpulento. Lleva puestos una sudadera, unos pantalones y unos zapatos, todo ello azul marino o negro. Hay sangre por todas partes. Judith introduce la mano bajo la cabeza del hombre y repara en que tiene arañazos y heridas abiertas en la frente y las mejillas. Aún no hay rigor mortis. Cuánto pesa un cráneo humano cuando los músculos

cervicales ya no lo sostienen. La tez es blanquecina y cérea, está fría. Judith no ve livideces cadavéricas. Deposita con cuidado la cabeza en los guijarros y, al hacerlo, de la boca del cadáver brota un torrente de sangre tibia que le cae en la mano. Reprime una imprecación.

—Debe de tener los pulmones dañados. —Lo dice en voz alta para ahogar el malestar que le producen la mirada fija del cadáver y el recuerdo del enigmático mensaje que ha tenido en sueños—. Necesitamos a los de Criminalística, luz, una lona o un plástico, y de prisa—. ¿Te encargas tú? Maldita lluvia.

De pronto se da cuenta de que el cadáver no lleva chaqueta. Vuelve a recorrer al hombre con la linterna. En la sudadera destaca el logotipo de la empresa. La mano izquierda está sepultada bajo el cuerpo, la otra apretada en un puño. Judith se sitúa detrás del hombre retorcido, vuelve a ponerse en cuclillas. Ahí el tejido de la sudadera está endurecido y oscuro. Se acerca más: el tejido presenta desgarrones, a izquierda y derecha de la columna vertebral. Cortes muy finos, cortes deshilachados, en zigzag.

Judith se incorpora.

—Alguien lo apuñaló como un poseso. Por la espalda. Será mejor que también llames al forense.

El oficial utiliza de nuevo la radio.

—Müller está de guardia —informa a Judith al terminar.

Ella asiente, vuelve a barrer con la linterna el lugar y después al conductor del tren. Ahora tiene el cabello pegado a la cabeza, la lluvia arrecia, la envuelve. Es demasiado cálida para una noche de enero, el invierno en sí está siendo demasiado caluroso, lo dicen en las noticias: los casquetes polares se derriten, el nivel del mar aumenta, hay ciclones, hambrunas, todo culpa nuestra, de los hombres. Y pese a todo la noche es demasiado fría para ir a trabajar sin chaqueta.

Judith ilumina de nuevo el cuerpo. ¿Qué ha sido de la chaqueta del conductor? ¿Se la quitaría antes de ser asesinado? ¿Se la llevaría el asesino? De ser así ¿por qué? El hombre tiene la nariz demasiado grande, la boca demasiado pequeña, el cabello castaño claro le ralea en el cogote. Se lo imagina arrastrando los pies por

el balasto, del automotor trasero al delantero, un hombre cansado, con los hombros caídos, que no hace deporte ni se cuida. De pronto se fija en que lleva los cordones de los zapatos desatados. ¿Quería quitarse los zapatos en el último descanso, en mitad de la vía? Resulta poco probable.

—¿De dónde salió el homicida? —pregunta el oficial.

—Puede que estuviera en el tren. Necesitamos a alguien de la empresa de transportes, con suerte quizá dentro haya cámaras. —Judith apunta con la linterna los vagones del tren. Parecen viejos. Sucios. ¿Tendría esposa el hombre? ¿Hijos? No lleva alianza, al menos no en la mano derecha—. Espera aquí y que avisen al inspector Korzilius —le dice al oficial—. Voy a hablar con el testigo.

El viento aumenta y su humedad le abofetea el rostro. El camino de vuelta a la estación por las vías es demasiado obvio para que el asesino lo escogiera, aun cuando a esas horas no parece que haya nadie despierto o en camino por allí. En el andén ya están preparados los criminólogos, el rostro de un blanco verdoso por la turbia luz de los fluorescentes. Escuchan lo que les dice Judith y acto seguido se despliegan por las vías como una especie de escarabajos blancos sin alas.

Judith se aparta el cabello mojado del rostro. Todo va bien, le dijo el día anterior Millstätt, su jefe, cuando la asignó a la unidad. Para los compañeros estás rehabilitada. Es justo por lo que ha estado luchando después de la crisis que atravesó, la tregua y la vuelta, pero ¿es también lo que quiere? Sí, piensa, maldita sea, sí que lo es. Déjate de una vez de dudas. Judith endereza la espalda y observa el escenario del crimen a través de la lluvia. Ha intuido un peligro al que todavía no puede poner nombre. Como si tras los hechos manifiestos del delito se ocultase una verdad más oscura y fría.

—¿Inspectora Krieger? —La agente de la cola de caballo tirante se le acerca—. Le he dado un café y un bocadillo al testigo y de pronto se ha puesto parlanchín.

—¿Y?

—De repente asegura que vio a alguien allí, posiblemente al asesino.

Los alrededores de la estación de cercanías de Gewerbepark podrían conseguir fácilmente el título de lugar más feo de Colonia. No hay ningún parque ni ningún negocio especialmente próspero<sup>2</sup>, aunque las autoridades creen a pie juntillas que esa situación cambiará dentro de unos años. Algunos de los viejos bloques de viviendas de protección oficial ya están vacíos, en otros los últimos inquilinos se niegan a marcharse, pero normalmente la zona está muerta a las tres de la madrugada. Ahora, sin embargo, reina una actividad incesante. Delante del túnel, sin orden ni concierto, se apiñan coches patrulla, los muchachos de Criminalística, el Fiat Spider de Karl-Heinz Müller y un vehículo de la empresa ferroviaria, incluso dos buitres de la prensa pegados al precinto policial que acribillan a Manni a preguntas. Éste se dirige a la escalera sin dignarse a mirarlos. La llamada le ha llegado en un momento de lo más inoportuno, en el peor de los escenarios sin lugar a dudas, no hay otra forma de decirlo. Y, para colmo de males, llueve a cántaros.

En el andén le sale al encuentro la Krieger, en la mano derecha un vaso desechable humeante, en la comisura de la boca uno de sus malolientes cigarros de liar. El abrigo de cuero se le ha oscurecido con la humedad, y el pelo se le ha pegado a la cabeza, lo que hace que tenga tanto atractivo como un gato mojado, algo que a ella no parece molestarle.

—La víctima se llama Wolfgang Berger, de 43 años, conductor de un tren de cercanías —informa sin dar tiempo a que Manni la saludé—. Lo apuñalaron por la espalda, durante el último descanso, entre la 1.35 y la 1.55. Incluso hay un testigo. —Vuelve a meterse el cigarrillo en la boca y amusga los ojos—. Un pasajero que estaba esperando. Achispado, pero algo es algo. Fue hasta allí cuando vio que el tren no llegaba a su hora. —Se seca la mano libre en los vaqueros y sujeta el pitillo entre los dedos—. Vio a alguien antes de tropezar con el cadáver, lo más probable es que se trate de nuestro hombre. «¿Cómo era?», le pregunto. Y ¿sabes lo que me responde?

---

<sup>2</sup> *Gewerbepark*: *Gewerbe*, «negocio, industria»; *Park*, «parque». (*N. de la T.*)

Manni sacude la cabeza.

—¿Como Michael Jackson?

—«Como un vagabundo» —resopla ella—. «Describalo», le pido.

—¿Y?

—«Oía algo fuerte», me dice. «Y ¿aparte de eso?», le pregunto, porque el olor podría ser perfectamente de la víctima. De compleción normal, posiblemente llevara un abrigo y tal vez tuviera media melena. Y eso fue todo. Estaba demasiado oscuro. Todo sucedió demasiado deprisa. Ni siquiera quiere pillarse los dedos diciéndonos la altura aproximada. Vio una sombra, según él un mendigo, y justo después a la víctima. Y deberíamos dar gracias por que nos haya avisado. Punto.

—Puede que mienta y el asesino sea él. El vengador de los viajeros frustrados.

—Muy gracioso. Ahí delante hay sangre para dar y regalar, se habría puesto perdido.

—¿Dónde está?

—Lo dejé marchar.

Manni enarca las cejas.

—Ya lo interrogaremos a fondo más tarde en jefatura, cuando esté sobrio, esperemos. —Judith Krieger aplasta la colilla con el pie, con mucha más fuerza de la necesaria.

—¿Sin ficharlo y sacarle más información?

—Estamos examinando su ropa y sus zapatos, por las huellas que hemos encontrado en el escenario del crimen, pero no creo que sirva de mucho. La puñetera lluvia. —Se mueve de tal modo que las gotas salen despedidas. Manni se mete una Fisherman's en la boca y le ofrece la bolsita a Judith, pero, como era de esperar, ésta la rechaza—. Acabamos de localizar a un compañero de Berger que lo conocía bien.

Un barrigón calvo ataviado con el uniforme azul oscuro de la empresa ferroviaria avanza torpemente hacia ellos.

—Berger estaba soltero, vivía solo. Los parientes más cercanos son sus padres, viven en Paderborn. Berger apenas mantenía relación con ellos. La madre tiene alzhéimer.

—Enviaremos a un compañero —contesta ella—. ¿Qué hay de las cámaras de vigilancia?

El calvo se va por la tangente. El dinero, el vandalismo, los ardidés de la administración pública, etcétera, etcétera. Como es natural se hará todo lo posible por colaborar en la investigación policial.

—Dennos unas horas, por favor.

Judith Krieger estruja el vaso de café y lo tira a una papelera. El gesto es inequívoco, eso es lo que piensa hacer con todo el que se interponga en su camino. La inspectora jefe de la brigada de Homicidios en plena forma. Los últimos meses trabajando con ella han sido estupendos. Entonces ¿por qué de repente Manni está cabreado con ella? Porque lo ha llamado a una hora intempestiva. Porque lo ha llamado, sin más. Porque se comporta como si fuera el jefe. Manni se sube hasta arriba la cremallera de la cazadora. Los dedos aún le huelen a la mujer que estaba en su cama. Esperaba que esa puñetera noche no hubiera ninguna llamada.

Los criminólogos revolotean alrededor del plástico que cubre a la víctima, cerca del tren de cercanías. Saltan *flashes*. Otros compañeros se agachan sobre el terraplén y revuelven en la basura, que se amontona incluso ahí, en un lugar por el que está prohibido transitar. Manni levanta el plástico para echar un vistazo: el cuerpo está cubierto casi por completo de etiquetas numeradas.

—Con tantas fibras, los próximos días vamos a estar muy ocupados.

Lo dice el perito de la Científica Klaus Munzinger, que tiene las mejillas rojas, como siempre que está trabajando. Su mujer, Karin, no debe de andar muy lejos. Se han casado hace unos meses. Como si no les bastara con trabajar juntos todos los días.

—¿Tenéis el arma homicida? —pregunta Judith.

—La estamos buscando.

Buscando, piensa Manni, claro. La chaqueta que probablemente llevaba el conductor. La mochila de la que, según su compañero, nunca se separaba. El asesino, el móvil, un testigo

útil, alguna huella. La lluvia cae con más fuerza, uno de los criminólogos tropieza y suelta un taco. ¿Dónde está la línea que separa el esmero de la enajenación? Ésa es una pregunta que, en lo tocante al trabajo policial, no siempre obtiene una respuesta satisfactoria.

Un viento caliente y húmedo azota el balcón desde el oeste, el cielo está negro. El viento no trae nada bueno. De repente le viene el pensamiento, no, no es un pensamiento, sino una certeza que no puede justificar y que, por lo tanto, decide desechar momentáneamente. Yekaterina Petrova se arrebujá en la bata y vuelve a la cocina. Es sábado, acaban de dar las cinco, ese día no trabaja, no hay motivo para tener miedo. Podría volver a acostarse, pero es de las que madrugan y le gustan las costumbres, así que, como cada mañana, se prepara unas gachas de avena con mantequilla y azúcar moreno, se bebe una tetera de té negro y lee el *Pravda* y la revista *FAZ*. A las 6.30 ya está lista y friega los cacharros bajo el grifo. *Pravda* significa verdad, pero el periódico está lleno de mentiras, igual que antes, sólo que su nuevo Dios se llama economía de mercado, lo que significa que ahora unos pocos se toman la libertad de explotar Rusia con menos escrúpulos aún que los antiguos dirigentes, que se hacían llamar comunistas, y a los que supuestamente también les importaba la justicia.

Tendría que anular la suscripción al *Pravda*, piensa mientras se pone el jersey que se compró en Navidad. *Mohair* color violeta con hilos brillantes, muy, muy bonito. En el mejor de los casos el *Pravda* sirve para envolver pescado o encender la estufa, Katiuska. Sonríe al recordar la vehemencia con que su abuela repetía esa frase. Y, pese a todo, no hay que perder de vista al enemigo, pues eso significa conocerlo. De manera que Yekaterina lee el *Pravda*, aunque hace tiempo que ha abandonado la esperanza de que en su país triunfe la libertad de prensa.

Sombra de ojos en polvo color violeta, a juego con el jersey, no mucha, sólo un toquecito. Lápiz de labios en un tono frío, invernal, que también va de miedo con el jersey. Se pasa el cepillo

por el corto cabello, admira los nuevos mechones rojo cereza que salpican el negro brillante. Ha renegado a menudo de este negro, pero así sí le gusta. Sonríe a la imagen que le devuelve el espejo. Quiere ir dos o tres horas al Instituto para solucionar unas cosillas que no ha podido resolver a lo largo de la semana. De ahí al mercado, a comprar verdura y tela para hacer unas cortinas, por la tarde tal vez leer un buen libro en el sofá, darse un baño de espuma y después, por la noche, ir a bailar.

Decide ir bordeando el canal, del que se había enamorado en cuanto lo vio. El aire sabe a lluvia, el asfalto brilla. Las peladas copas de los castaños acentúan la escasa luz de las farolas, de las grandes arterias de la ciudad llega el ruido ahogado del tráfico. A esa hora los fines de semana está allí sola, ni siquiera han salido aún los infatigables corredores ni los jubilados con sus gordos perros falderos. Los cisnes, dormidos, se deslizan por las aguas como sueños. Se detiene a contemplarlos. Los cisnes son un lujo. En el lugar del que ella viene no hay cisnes. Una ráfaga de viento hace que la bufanda le dé en la cara. Se sobresalta, reprime un grito. Sólo es el viento. Remete el extremo de la bufanda en la solapa del abrigo. El viento no trae nada bueno. De nuevo ese pensamiento, alimentado por un suceso que tiene más años que ella. De repente le asusta verse tan sola y aprieta el paso de tal forma que los tacones de las botas imprimen un *staccato* frenético en el pavimento.

La visión del Instituto Anatómico Forense, al que llega en un cuarto de hora, le devuelve la tranquilidad. Su lugar de trabajo, su dicha. La beca que obtuvo para estudiar Medicina en Alemania constituyó su pasaporte a la libertad. Trabajó duro, muy duro, y sin embargo licenciarse con matrícula de honor no le garantizaba en modo alguno que pudiera quedarse. Pero lo consiguió. A un primer empleo en Kiel le siguió un año en Fráncfort. Y ahora está en Colonia, con un contrato de otros tres años dichosos en Alemania, con licencia para seguir indagando en la infinidad de facetas que presenta la muerte. Doctora Yekaterina Petrova, forense de la Universidad de Colonia. Sonríe al sacar del bolso la llave del Instituto. Sí, tiene motivos para estar satisfecha.

No sabría decir de dónde ha salido la mujer. Se materializa a su lado como de la nada justo cuando Yekaterina va a abrir la puerta de cristal, junto a la portería.

—Ayúdeme, por favor.

—¿Que la ayude?

Yekaterina reprime el impulso de empujarla y cerrar la puerta por dentro. Hay algo inquietante en ella, tal vez la resolución febril con la que clava los ojos en Yekaterina. Por otra parte, no parece ni una antisocial ni una delincuente, más bien todo lo contrario, acomodada y elegante, aun cuando todo indica que ha pasado bastante tiempo bajo la lluvia.

—El proyecto —musita la mujer, y su voz suena como el viento entre los abedules—. Es usted la sucesora de la doctora Schmitt-Mergel, ¿no?

La promesa de un día espléndido que invadía a Yekaterina hasta hace un instante se esfuma. Se queda como de piedra. Violencia doméstica. El proyecto modelo de Colonia. El proyecto piloto. La niña de los ojos de su predecesora, Antje Schmitt-Mergel. En la entrevista de trabajo Yekaterina preguntó con suma cautela si dicho proyecto formaba parte del puesto, pues hasta la fecha ella se había centrado más bien en los muertos, y no tanto en la política social, y ni siquiera estaba familiarizada con la mentalidad y las autoridades de Colonia, si no podía algún compañero... Las mujeres se confiarán a usted, de mujer a mujer, le dijo su futuro jefe. Y se encargará usted de los reconocimientos. ¿O es que no quiere el trabajo? Vaya una pregunta. Claro que lo quiero, se apresuró a responder ella, con mucho gusto se haría cargo del proyecto, además de los otros cometidos del Instituto.

—Es usted la doctora Petrova, ¿no? —La mujer se saca del bolsillo del anorak un recorte de periódico en el que aparece una foto de gran tamaño de Yekaterina. «Esta mujer lucha contra la violencia», reza el titular, una clara prueba de que los periódicos alemanes tampoco dicen siempre la verdad.

—El Instituto está cerrado el sábado.

—Por favor —repite la desconocida con voz ronca—. Usted también suele venir los fines de semana. Mi marido... me ha... —se lleva una mano a la garganta—, quería...

—¿Ha dado parte a la policía?

La mujer se tambalea, como si ahora que se ha confiado a Yekaterina se quedara sin fuerzas.

—El proyecto —insiste, y busca a tientas un asidero.

No le queda más remedio: Yekaterina coge a la mujer por debajo del brazo y entra con ella en el Instituto. La desconocida se deja hacer, sin oponer resistencia ni colaborar. Aunque es bastante alta no pesa mucho, pero cuando finalmente entran en el despacho, Yekaterina está sin aliento. Lleva a la inesperada visita hasta la camilla y se quita el abrigo. La mujer la observa. ¿Inquisitiva? ¿Intimidada?

—Es usted muy fuerte para ser tan menuda —susurra.

—¿Cómo se llama?

—Ines. Llámeme Ines.

—¿Apellido?

La mujer cierra los ojos y ladea la cabeza. ¿Se irá a colapsar? Yekaterina añora el familiar proceder de una autopsia, en la que no se formulan preguntas de esta clase.

—Doble las piernas, Ines, levántelas —ordena con voz de médico—. Respire hondo y cuéntemelo todo, por favor. ¿Qué le ha hecho su marido? ¿Por qué ha venido aquí?

En lugar de responder la mujer empieza a temblar, en silencio, sin poner ninguna cara. Yekaterina le echa por encima una manta de lana e intenta recapitular lo que le dijo su predecesora sobre las mujeres maltratadas. Se encuentran en estado de *shock*, su estado de ánimo es muy cambiante. Algunas cuentan las mayores monstruosidades con indiferencia, como si hablasen del tiempo. Otras no son capaces de decir nada. Y otras mienten. Muy útil, la verdad, muy, muy útil.

Decide no fiarse de sus dotes psicológicas y centrarse en el cuerpo. Esta mujer, Ines, podía mover las extremidades. No parece tener lesiones internas ni ninguna costilla rota, de lo contrario se habría quejado cuando la llevó al despacho. Yekaterina le

aparta con cuidado el flequillo mojado de la frente. En la cabeza no se aprecian heridas abiertas ni calvas. En el rostro no hay hematomas visibles. Su cutis es delicado. Perfecto. Los ojos se abren de nuevo y miran con miedo a Yekaterina.

Tiene la conjuntiva enrojecida. El pulso de Yekaterina se acelera. Echa mano de una lámpara de exploración mientras trata de calmar a la mujer y continúa explorándola. Petequias, manchas rojizas, muy claras. Debe de haberse interrumpido la circulación de la sangre al cerebro. También examina la mucosa bucal y mira detrás de las orejas.

—Su marido ha intentado estrangularla. Supongo que hasta se habrá desmayado usted.

No, piensa furiosa, sé que ya estabas inconsciente. Con la pinta que tiene esto es un milagro que hayas vuelto en ti. Alguien ha intentado matarte, eso está claro.

—Venga, la voy a examinar. Para eso ha venido, ¿no? Quítese la ropa, Ines. Confíe en mí, no le haré daño.

Zapatos de tacón empapados, vaqueros de marca, jersey de cuello alto color beis. Debajo ropa interior de seda manchada de sangre. Los hematomas del cuello aún son muy claros. Las marcas de los dedos son de un azul desvaído, de aspecto inofensivo, muy sutiles, pero las manchas de la cara interior de los muslos son todo menos discretas: hematomas en distintos estadios de desarrollo. De varios centímetros. De color azul oscuro, violeta, amarillento, marrón.

—Su marido la ha violado.

La mujer sacude la cabeza y comienza a temblar de nuevo. Yekaterina saca fotos, hace preguntas, se informa.

—Tiene que ir a la policía. El que le ha hecho esto es peligroso.

La mujer vuelve a sacudir la cabeza, coge la ropa. Ahora que le han hecho el reconocimiento vuelve a la vida, quiere irse.

—¿Cómo se apellida?

La mujer agarra el anorak y sale al pasillo deprisa. Yekaterina no puede retenerla. Ha de respetar el deseo de confidencialidad de la paciente. Así lo quiere el proyecto, esa es su obligación

como médico. Ya a solas le vienen a la cabeza la sangre en la ropa interior de seda y el hecho de que la mujer no presenta ninguna herida abierta en el cuerpo. ¿De quién será la sangre, si no es de ella? Yekaterina baja corriendo la escalera exterior, a la calle. Demasiado tarde. Allí sólo está el viento, el viento de poniente, caliente y húmedo, un viento que augura desgracias.

**P**asos. Crujidos. ¿Qué demonios pasa? Manni abre los ojos amodorrado. La mujer a la que dejó sola en su cama muy en contra de su voluntad en mitad de la noche le sonrío, *sexy* y descarada, irresistible.

—Buenos días, señor inspector mayor. He traído el desayuno.

Manni se incorpora a medias, machacado después de esa nochecita. Estuvo horas agachado en el terraplén bajo la lluvia torrencial con los criminólogos, recogiendo basura: colillas, envases de todo tipo en distintos estados de descomposición, trastos inservibles. Cuando encontró la tapa de un retrete, se dio por vencido. Pero resultó ser demasiado tarde, ya que cuando por fin llegó a casa su cama estaba vacía. Se quedó dormido en el sofá, ni siquiera se molestó en desvestirse, tiene los vaqueros, aún húmedos, pegados a las piernas; el cuello, rígido y con un dolor de mil demonios. Manni se saca el móvil del bolsillo del pantalón. Mierda, son casi las ocho. ¿Por qué no lo esperó Sonja? Y ¿cómo ha vuelto a entrar en su casa? Ve el otro juego de llaves en la mesa, junto a una bolsa con panecillos. Al menos esa pregunta tiene respuesta.

—¿Dónde estabas? —Su voz suena como poco una octava más grave que de costumbre.

—En casa. —Sonja hurga en los armarios de la cocina como si fuese la dueña de la casa, pone en la mesa tazas y unas tablillas a modo de platos—. ¿Tienes té verde?

—Si no te gusta el café, tengo zumo de naranja.

Manni entra deprisa y corriendo en el baño, se quita la ropa y se mete en la ducha. Sonja. Tardó una eternidad en llevarla a la cama y después, al poco de ponerse al lío, se acabó la diversión.

Recuerda lo bien que encajan sus pechos en sus manos mientras el agua caliente le cae por los hombros. Cómo se ríe, cómo huele, su forma de tocarlo. En el vientre tiene un tatuaje interesante cuyo significado se niega a desvelarle. No hay manera. Manni se seca, pero así y todo se siente como un buey de labor inservible, cosa que a esas alturas no es ninguna tragedia, puesto que ya no tiene tiempo para un polvo mañanero. Se bebe de un trago un vaso de zumo, de pie, y coge un cruasán. Sonja se ha recogido el cabello rubio rojizo en una cola de caballo. Todavía huele a ese perfume oriental, y lo mira fijamente sin decir nada.

—*Sorry*, tengo que irme. Te llamo. Deja la llave cuando te vayas.

Ella hace un saludo militar, le guiña un ojo a modo de despedida y sonríe.

Abajo el viento impulsa hojas de periódico por el bordillo. Unas nubes panzudas engullen la luz de la mañana, no hay mucho tráfico, de forma que Manni adelanta con facilidad e incluso encuentra aparcamiento justo delante de la escalera de cemento del Instituto Anatómico Forense. Ante la puerta de cristal del edificio de autopsias hay una mujer delicada con un ridículo gorro de pieles y un jersey violeta afelpado que hace daño a la vista; parece rodearla un halo de frío. Contra el pecho aprieta una carpeta de archivo. Manni la saluda con un movimiento de cabeza, pero ella no parece reparar en él y mira al cielo con sus ojos color carbón. La sala de autopsias aún está vacía, Judith Krieger y Karl-Heinz Müller haraganean tres plantas más arriba, en el despacho del forense, exhalando nicotina y calentándose con sendos vasos de café. La cafetera burbujea de un modo tentador. Manni coge una taza que parece más o menos limpia de detrás de una calavera risueña y se sirve.

El café es tan fuerte que podría matar a los vivos o despertar a los muertos, según el caso. De cualquier modo a Krieger parece gustarle. Sólo las ojeras en sus mejillas pecosas indican que ha dormido tan poco como Manni. Éste encuentra una cuchari-lla, se la limpia lo justo en los vaqueros y revuelve el azúcar en la taza.

—Creo que acabo de ver una aparición. Ahí fuera hay una esquimal.

—Inuit —corrige Krieger y bosteza.

—¿Eh?

—Ése es el término políticamente correcto.

—Esquimal significa comedor de carne cruda, y no les hace mucha gracia. —Karl-Heinz Müller se enciende un Davidoff con el extremo del que acaba de terminarse—. ¿Lleva un gorro de pelo de conejo?

—Ajá. —Manni intenta llegar al tirador de la ventana sin tocar la peligrosa montaña de expedientes que se apilan en equilibrio precario sobre la mesa del forense, pero no lo consigue. Resignado, renuncia a respirar aire fresco.

Müller sonríe, a todas luces satisfecho con la sensatez de Manni.

—Es mi nueva colega, la doctora Yekaterina Petrova, rusa. Un talento, está a la altura.

Lo de la altura es una exageración. Abajo, en el sótano, donde se encuentran las salas de autopsias, el talento ruso le llega a Manni por el pecho, pero con el uniforme verde la rusa está mejor que vestida de violeta y con pieles. Y también sabe manejar el escalpelo y el bisturí, como demuestra en ese mismo instante, una vez concluye el tedioso reconocimiento exterior y la precisa descripción del cadáver vestido.

Manni suspira aliviado cuando por fin cesa el desquiciante zumbido de la sierra del disector. Una autopsia en sí misma nunca es agradable, pero, en su opinión, abrir el cráneo siempre es lo peor.

—Por cierto, en la rifa de Navidad Judith se llevó el primer premio —le comenta a Karl-Heinz Müller para no ver cómo extrae el cerebro el disector, lo pesa y, bajo la atenta mirada de la rusa, corta rebanadas milimétricas y las introduce en formalina. Además aún sigue cabreado por no haberlo ganado él.

—¿De veras? —pregunta el forense en el mismo instante en que Krieger espeta:

—No creo que eso sea importante ahora.

La rusa carraspea sin levantar la nariz de la espalda del cadáver. Está claro que no le gusta mucho esa conversación tan poco profesional.

—Once puñaladas, coincide con el exterior —anuncia en medio del silencio que se ha hecho. Su alemán apenas tiene acento, tan sólo un mínimo dejo eslavo revela su origen si se escucha con suma atención. Levanta el brazo derecho del cadáver, da la vuelta a la mesa con sus zuecos de goma verdes y repite el procedimiento por el otro lado—. Sigo sin ver ninguna herida de defensa —afirma.

—¿Murió en el acto? —quiere saber Krieger.

Vacilante, la rusa ladea la cabeza y acto seguido vuelve a centrarse en las heridas. Va dictando sus descripciones al micrófono, que se balancea sobre la mesa de autopsias. Abre con unas pinzas los labios de las heridas e introduce una sonda por ellas.

—Dos puñaladas atravesaron el corazón, cinco lesionaron los pulmones —asegura al cabo—. No sabría decir cuáles le fueron asestadas primero.

En algún momento de la noche, cuando revolvía entre la basura con los criminólogos, Manni creyó de pronto que alguien lo observaba. No les dijo nada a los demás, porque allí no se veía a nadie, pero aún tiene una desagradable sensación de vulnerabilidad. Si alguien se le hubiese acercado, ¿se habría dado cuenta? ¿Habría sido lo bastante rápido para defenderse? ¿De cuánto tiempo se dispone con un cuchillo en la espalda? ¿Se tendrá alguna posibilidad? La rusa vuelve a abrir los bordes de las heridas y echa un vistazo a la oscura cavidad encostrada.

—Menuda degollina.

Judith Krieger observa con repugnancia las parduscas heridas en la espalda macilenta, cubierta de vello oscuro en algunas partes.

—Un profesional no mata así —asevera Petrova—. Es más eficaz.

Los ojos color carbón le brillan.

—¿Qué sabemos del arma homicida?

Petrova se inclina sobre el cadáver e intercambia una rápida mirada con Karl-Heinz Müller antes de responder a Judith.

—De un solo filo. Afilada.

—Probablemente la hoja sea lisa. —Ahora también Karl-Heinz Müller se ha pegado del tal modo al cadáver que la mascarilla protectora casi toca su piel—. Yo diría que el asesino es diestro. Más o menos de la misma altura que la víctima, tal vez algo más alto. No podremos indicar la longitud de la hoja hasta que no hayamos terminado. Y puede llevar su tiempo. Tratar cada una de las heridas da mucho trabajo.

Como si la palabra «trabajo» fuese una clave, suena la música rock del móvil de Judith, que se aparta y se tapa con la mano la oreja que le queda libre para no oír la jerigonza llena de latinajos con la que se entienden Müller y el talento ruso.

—En los zapatos de Berger hay huellas dactilares de otra persona —informa Judith cuando termina de hablar por teléfono.

—Del que le vendió los zapatos.

—Klaus dice que los zapatos no son nuevos y que tampoco acaban de ponerles tapas. Llevaba los cordones desatados, ¿no te resulta extraño?

—Alguien intentó quitarle los zapatos.

—¿Quién? —Judith Krieger se apoya en una mesa de autopsias libre.

—Si el asesino es un vagabundo, tiene sentido. La chaqueta, la mochila, los zapatos, todo eso podría serle útil. Cuando se acerca el testigo y lo interrumpe, se larga. —Manni se toca la nuca. Le vendría bien un masaje. No sólo en el cuello. Que se lo diera Sonja.

—Bien, supongamos que fue un sin techo. ¿Cómo llegó al lugar del crimen?

El reborde del iris gris de Krieger, por lo común de un llamativo azul turquesa, apenas se distingue con la luz estridente de las lámparas de la sala.

—Se quedó dormido y despertó en la última estación —sugiere Manni.

—Es posible. —Su compañera no parece muy convencida.

—Berger lo echa de malas maneras y él se cabrea. Espera a que se dé la vuelta y lo apuñala.

—¿Once veces?

—Quizá esté mal de la cabeza o tal vez sólo quisiera asegurarse de que Berger moría.

—Odio. —Judith Krieger clava los ojos en el conductor muerto como si esperase una confirmación de su teoría.

Contemplan en silencio cómo introduce la rusa las pinzas y el bisturí en la ya maltratada espalda. Como siempre que practica una autopsia, Karl-Heinz Müller está de un humor excelente. Hace tintinear los instrumentos y silba «Kalinka», a todas luces en honor a su colega, a quien el gesto, sin embargo, parece dejar fría. Sin poner ninguna cara abre a Berger. Por lo menos no ha empezado a oler. Hay que agradecer las pequeñas alegrías. El recuerdo de la desagradable sensación que lo asaltó cuando estaba enfrascado en la infructuosa búsqueda nocturna vuelve a colarse en su cabeza. ¿De verdad lo observaba alguien o son sólo imaginaciones suyas?

Carraspea.

—Puede que el asesino supiera cuándo descansaba Berger y lo esperó junto a las vías.

—En ese caso habría una relación entre ellos —afirma Judith Krieger—. Quizá algún vecino haya visto algo. O las cámaras. La Científica anda en ello, Ralf Meuser está yendo de casa en casa. Vamos nosotros al piso de Berger.

Un portero rubicundo los recibe en la planta baja del edificio de Ehrenfeld en el que el conductor tenía alquilado un piso de 59 metros cuadrados en la sexta planta por 447 euros, calefacción incluida. La casa tiene pocos muebles: en el salón hay un sofá, un armario, una mesa de comedor, un televisor y un equipo de música. Una cocina diminuta con armarios altos amarillentos. El dormitorio apesta a ropa sucia. Sobre la cama de matrimonio cuelga una pintura acrílica de una rubia desnuda tumbada a la orilla del mar que ofrece a un cisne unos antinaturales pechos abultados, tiesos y picudos. Los colores son pretendidamente románticos: predominan el rojo, el anaranjado y el negro.

–Muy bonito.

Krieger enarca las cejas.

Manni abre el cajón de la mesilla de noche: gotas para la nariz, pañuelos de papel y revistas porno, sin gusto, pero legales. El cuarto de baño, sin ventanas, huele a moho, la cal deslustra los grifos. Sólo hay un cepillo de dientes, ningún frasco de perfume ni tampones ni una barra de labios, nada que indique que en la vida de Berger hay una mujer. Las puertas de los armarios del dormitorio y la cocina están decoradas por dentro con chicas Playboy. En cualquier caso se ve que Berger no era marica.

–No tiene teléfono.

Krieger va de un lado a otro; las manos, enfundadas en unos guantes de látex, recorren hábilmente cajones y armarios.

–Puede que le bastara con el móvil.

–Y ¿dónde está?

Se miran exasperados. La chaqueta, la mochila. Están como estaban. Se separan mientras esperan la llegada de los de Criminalística. Manni se ocupa del dormitorio; Judith, del salón. ¿Cómo vivía Berger? ¿Qué intereses tenía, aparte de las mujeres desnudas? ¿Quién podía odiarlo tanto para matarlo? La casa no desvela nada, todo en ella es impersonal.

La vibración del móvil interrumpe las cavilaciones de Manni.

–He adobado carne para asarla mañana, que sé que te gusta.

–Lo siento, mamá, estoy con un caso.

Se quita de encima a su madre e intenta no sentirse como un cerdo por ello. Judith Krieger está en el salón, en la mano un montón de facturas, la vista clavada en el polvoriento televisor. Completamente quieta, muy concentrada, como si esperara algo, no, como si fuera a batirse en duelo. Haciendo honor a su apellido<sup>3</sup>. Algo en la expresión de su rostro desconcierta a Manni.

–Estaba completamente solo –dice ella en voz baja cuando capta su atención.

Ya, maldita sea, y quién no lo está, piensa él.

---

<sup>3</sup> *Krieger*, «guerrero, combatiente». (*N. de la T.*)

Esé sábado Theodora Markus no acude al estudio hasta por la tarde, ya sin tiempo de hacer nada, lo cual no ayuda precisamente a que su humor mejore. Ha tenido que pasarse horas esperando en casa. El desagüe del baño había vuelto a atascarse, la lavadora ya no expulsaba el agua, su ropa sucia nadaba en un líquido oscuro y viscoso y el fontanero, conocido de un conocido, había prometido ir por la mañana, pero no apareció hasta mediodía. Ése es el problema cuando se piden favores a amigos: no se puede ni protestar ni dar marcha atrás, hay que hacer un ejercicio de humildad, una virtud que nunca ha sido su punto fuerte. La ventaja estriba, como es natural, en que se puede pagar en negro. Thea espera con toda su alma que el dichoso problema del cuarto de baño se haya solucionado.

Sube a duras penas la escalera de piedra, pintada de cualquier manera. La pierna le da quebraderos de cabeza, la humedad. Odia el bastón, pero ese día lo necesita, la rodilla le arde, cada escalón es una tortura. En la última planta de la antigua fábrica se apoya un momento en la pared. Abajo hay algunos colegas trabajando, pero allí arriba reina el silencio y los estudios están cerrados, incluso el de Nada, la vecina de Thea, cosa rara, ya que Nada ha conseguido firmar un contrato con la galería Heuger und Berkewitz. Las últimas semanas ha estado trabajando como una posesora, tan segura estaba de sus ideas. Siempre andaba metida en el estudio de Thea, hablando como una cotorra, dándose tono, como de costumbre.

Acomete los últimos metros que faltan para llegar a su estudio. Abre la puerta de hierro y suspira ruidosamente. La habitación está en penumbra y desierta, pero la sensación de que hay alguien es demasiado poderosa. ¿Estará viendo fantasmas? Lo que le faltaba. Enciende la luz y aguza el oído. Del estudio vecino no llega sonido alguno. ¿Y si baja a ver quién hay? La idea de volver a sufrir la tortura de la escalera con la rodilla así no es muy tentadora.

Apoyándose pesadamente en el bastón, Thea recorre el estudio, alerta como un gato al que alguien plantara de improviso en un lugar desconocido. Pero ahí, en ese refugio tan personal, no

hay nada desconocido. Todo está exactamente como lo dejó la víspera. La taza de cerámica en el fregadero, la tetera, la cazuela y el hervidor de agua. El cartón abierto de leche, las botellas de vino vacías. Los tulipanes rojos en la maceta de piedra sobre la repisa de la ventana. El banco de carpintero, la madera que recogió a orillas del Rin y dejó contra la pared para que se secara, la madera y las cajas con los cinceles y las espátulas. La mesa de trabajo, en el centro de la habitación, también parece intacta. Encima, tela metálica y yeso, los materiales con los que trata de hacer un ala. Un ala que no sea cursi como la de un ángel de Navidad ni figurativa como la de un pájaro. Trata de captar la esencia de un ala, una abstracción que así y todo refleje la naturaleza del vuelo, esa ingravidez que a menudo desea para sí, sobre todo en días como éste, en los que con cada paso siente como si se derramara plomo hirviendo sobre sus huesos.

En el estudio no ha estado nadie, nadie en absoluto. ¿Cómo iba a ser de otra manera, si la puerta estaba cerrada y nadie salvo Thea tiene la llave? Ayer por la noche cerró a cal y canto, como siempre, y hace un instante ha tenido que hacer girar dos veces la llave en la cerradura para abrir la puerta de hierro. Desde luego que lo ha hecho. Sólo que no se acuerda bien, por el dolor.

Avanza penosamente hasta el sofá, pone en alto la pierna mala y contempla los modelos de ala, que descansan en el suelo. La exposición se llama *Angels*, probablemente porque a los organizadores les parece más elegante que la palabra «ángeles». Un buen puñado de personalidades ha confirmado su asistencia, Schloss Wahren es famoso por la calidad de sus exposiciones. Si las piezas de Thea gustan, tal vez venda algo. Además, un jurado concede a las mejores contribuciones un premio en metálico, que en su caso significaría vivir unos meses sin preocupaciones.

El cuerpo de piedra es el menor de los problemas, siempre le resulta más sencillo trabajar con piedra. Ha escogido arenisca dorada, que ha esculpido con delicadas ondas que simbolizan a la vez los desiertos y los mares, rizados por el viento, extremos de la vida en la Tierra. Sobre ella madera de deriva, belleza precedera,

también eso quedará bien. Y luego lo más importante, el ala. Sin embargo, por ahora ni siquiera está medianamente satisfecha con los modelos. Puede que se haya equivocado eligiendo el yeso. Puede que sea mejor la gasa. O el metal.

—¿Hola?

La voz se materializa de pronto en el estudio de Thea, vestida con unos vaqueros, unas botas y un jersey gordo, el rostro pecoso, de una belleza peculiar. Lo enmarcan unos rizos alborotados; bien mirado, la mujer entera parece bastante alborotada, como si el viento la hubiese empujado hasta allí. A veces acuden artistas en busca de un lugar de trabajo. La Kunstfabrik, que es como se llama el colectivo de estudios de Thea, es uno de los últimos oasis de Colonia para artistas independientes. Los espacios de trabajo tienen un precio asequible y son amplios, aunque no necesariamente cómodos. Podría ser un paraíso de no vivir bajo la amenaza latente de los especuladores inmobiliarios, que quieren demoler la antigua fábrica de detergentes o al menos convertirla en elegantes *loft* para oficinas que encajen con sus fantasiosos planes para Gewerbepark, como si en Colonia no hubiera parados ni oficinas vacías.

La mujer toma el silencio de Thea por una invitación y se acerca. Es una lástima que no haya ningún estudio libre, piensa Thea, podría divertirse con ella, mucho más que con la engreída y ruidosa Nada, eso por no hablar de Paul. Desgraciadamente no hay ningún estudio libre, va a decir Thea y luego preguntará si le apetece un té, ya que, a pesar de todo, quizá puedan charlar un poco del trabajo, pero la visitante pecosa se le adelanta y demuestra con sus palabras que un día que empieza mal no suele ir a mejor.

—Krieger, policía judicial —anuncia al tiempo que se saca un carné del bolsillo de atrás de los desgastados vaqueros—. Me gustaría hablar con usted.

El dolor de la pierna de Thea empeora mientras la inspectora le da detalles desagradables de un asesinato que se ha cometido casi enfrente del estudio de Thea. Cuando termina de hablar, la inspectora se acerca a la ventana para ver el trazado de la vía.

—Ayer por la noche no estuve aquí, no la puedo ayudar —dice Thea a la inspectora, que está de espaldas.

—Desde el estudio de al lado debe de verse aún mejor el escenario del crimen. —La mujer se da la vuelta—, pero ahora mismo por lo visto no hay nadie.

—Es el estudio de mi colega Nada, hoy no está. Siempre cierra con llave, como todos nosotros.

—¿Sabe cómo puedo localizarla?

—Pruebe a llamarla al móvil. —Thea le apunta el número en un papel—. Suele tenerlo apagado, pero si le deja un mensaje se pondrá en contacto con usted.

Al menos cuando le apetece y el que llama le parece lo bastante interesante. Pero eso es algo que Thea no puede decirle a la inspectora. Como tampoco puede hablarle del juego de llaves que Nada le ha dejado por si ocurre algo. El ambiente de un estudio es sagrado y sumamente vulnerable. Hasta alguien tan engreído como Nada tiene derecho a que se respete su espacio privado.

La lluvia golpea la ventana de la Jefatura Superior de Policía, una lluvia que la ha acompañado durante ese primer día de investigación, durante la noche anterior y durante todo el invierno. Una lluvia que borra las huellas y tal vez incluso los recuerdos, por lo menos durante un instante Judith ya no es capaz de decir si en las horas pasadas ha llegado a clarear. Fuera reina tal oscuridad que la sala de reuniones, inundada de luz artificial, se refleja en los cristales de las ventanas. En el aire flota un olor a queso fundido, la Comisión especial Cercanías come trozos de pizza medio caliente directamente de las cajas, están demasiado hambrientos y demasiado cansados para hablar. Tras las infructuosas preguntas en los estudios Judith ha comprado pizza para todos en la pizzería Rimini. Al verle la placa el dueño se puso visiblemente nervioso e insistió una y otra vez que su local estaba limpio, que tenía la licencia en orden, que cerraba como muy tarde a medianoche y que ni antes ni después había visto nada sospechoso o raro ni en el trazado ni en la estación de

Gewerbepark, que se ve perfectamente desde las ventanas de su pizzería.

Nadie ha visto nada, no hay ni móvil ni huellas, nada salvo la alusión de un pasajero achispado a un sin techo sin rostro. El padre de Berger se ha tomado la noticia de la muerte de su único hijo con el letargo de alguien que se encuentra agotado emocional y físicamente, según los colegas de Paderborn. La madre, gracias a su demencia, no se ha enterado de nada. El padre de Berger no se explica quién podía odiar tanto a su hijo para matarlo, y lo mismo les sucede a los compañeros y vecinos a los que han preguntado hasta el momento.

Tampoco el registro del piso de Berger ha aclarado nada. Lo más personal que han encontrado es un sobre con fotos arrugadas de cuando era pequeño. Ni teléfono ni contestador automático ni agenda ni calendario. Nada que apunte a un pasatiempo ni a ninguna trama criminal. Las facturas indican que apenas utilizaba el móvil y, cuando lo hacía, solía llamar a compañeros. Berger no tenía libros y su gusto musical no era relevante: grandes éxitos, música de carnaval, baladas rockeras; ofertas especiales, como anuncia la pegatina con el precio de las carátulas. ¿Quién era Wolfgang Berger? Un hombre que no revelaba nada de sí mismo y vivía recluso. Lo que se dice discreto. Un hombre al que, pese a ello, alguien apuñaló nueve veces en la espalda durante el último descanso de su turno de noche.

Ralf Meuser, al que algunos colegas siguen llamando novato a sus espaldas, se compadece y aparta las cajas vacías. La perito de la Científica Karin Munzinger deja en la mesa una bolsa de ositos de goma. A Judith la pizza, engullida de prisa y corriendo, se hace una pelota en el estómago, grasienta y correosa. Durante la tregua del año anterior adelgazó, ahora los pantalones vuelven a quedarle estrechos, ya que no logra ir al gimnasio, porque el trabajo policial sencillamente no es compatible con comer sano y con regularidad. Se acuerda de las chicas Playboy del piso del conductor y de sus películas porno. Mujeres jadeantes siempre en las mismas posturas: házmelo, fóllame, sí, sí, sí. Se acuerda del mensaje indescifrable que vio reflejado en los ojos de Berger en

el terraplén. Tan solo bajo la lluvia como lo estuvo en vida, un hombre que vivo probablemente no le hubiera caído bien. Sin embargo, sus sentimientos sobran en las pesquisas, igual que las imágenes del último verano, que acechan en algún lugar periférico de su conciencia, dispuestas a abalanzarse sobre ella en cuanto empieze a relajarse.

—¡Empieza el espectáculo, colegas!

Manni ha encendido el proyector. Axel Millstätt, el comisario principal, entra en la sala y se apoya en la pared detrás de Judith. Klaus Munzinger introduce en el reproductor de DVD un CD con material fotográfico de las cámaras de vigilancia del tren y apaga la luz. Las imágenes de las cámaras son en blanco y negro, poco nítidas, el interior de los vagones y los pocos viajeros se ven desfigurados, los rostros borrosos. En la parte inferior derecha aparece insertada una línea con la hora y la fecha, y un número de registro indica de qué parte del tren es la grabación. Van avanzando protocolo tras protocolo por el trayecto nocturno de la línea 5 desde Leverkusen hasta Gewerbepark, el punto decisivo. Gente que entra, sale, se sienta, se levanta. Jóvenes con botellines de cerveza en la mano y el pelo engominado que apoyan las zapatillas de deporte en los asientos. Una familia numerosa africana que va pasando de regazo en regazo a un niño pequeño con los ojos muy grandes. Hombres de negocios. Dos turcas voluminosas con sendos pañuelos en la cabeza. Nadie que parezca ni por asomo un sin techo con un abrigo amplio. A partir de la estación central el tren se va vaciando a ojos vistas. En las dos estaciones que preceden al punto crítico ya no sube nadie. El que no vive cerca de la estación de Gewerbepark no tiene ningún motivo para ir hasta allí después de medianoche.

—No creo que ahí haya nada. —Manni es el primero en decir algo después de ver la última imagen.

—En dos coches no funcionaban las cámaras —objeta Klaus Munzinger—. Y aún tenemos que comprobar si hay algún ángulo muerto desde el que alguien pudiera haberse acercado al objetivo sin que lo vieran las cámaras.

Millstätt le da al interruptor de la luz y a continuación se sienta a la cabecera de la mesa de reuniones. Como animales huidizos, con ceguera nocturna sus ojos vuelven a acostumbrarse a la claridad.

—También deberíais comprobar los viajes anteriores —dice Judith al cabo—. Por si acaso. Aunque creo que Manni tiene razón: es muy poco probable que el asesino fuera en el tren.

—Entonces ¿qué vais a hacer? —Los ojos marrón chocolate de Millstätt observan a Judith, inquisitivos, sin dejar traslucir sus pensamientos. La atención del resto casi se percibe físicamente.

Judith se dirige a los criminólogos.

—¿Habéis encontrado en casa de Berger alguna huella que se corresponda con las huellas dactilares desconocidas? ¿O alguna otra cosa que permita identificar al homicida?

—Por el momento no, y en nuestro fichero tampoco —contesta Karin Munzinger—. Hemos encontrado un montón de trazas de fibras ajenas en el jersey de Berger, algunas coinciden con las del asiento del conductor, pero no todas. Hay mucha lana oscura, lo cual no es tan extraño, teniendo en cuenta que es invierno. Y también están las bolsas con las pruebas del terraplén. Necesitamos más tiempo.

—Pues seguid con ello, cuanto más rápido, mejor. Y los demás iremos mañana mismo en busca del sin techo. Tenemos que preguntar en albergues y asilos. ¿Existe ese hombre de media melena que lleva un abrigo amplio? ¿Aparece por alguna parte un anorak de la empresa ferroviaria o la mochila de Berger? En cuanto averigüemos de quién son las huellas que aparecen en los zapatos de Berger habremos dado un gran paso.

—Puede que cerca de la escena del crimen haya algún refugio que utilicen los sin techo —sugiere Manni—. O por los jardines.

—Bien, Manni, ocúpate de ello. —Millstätt se pone de pie—. Y tú, Judith, por de pronto te encargarás de coordinar todo el procedimiento y me tendrás al corriente.

¿Significa eso que dirijo la investigación? Judith es demasiado orgullosa para formular esa pregunta, o es posible que sólo esté demasiado cansada. Va a su despacho y comienza a teclear el

informe. Cuando termina, pone los pies en alto, contempla la lluvia y sopesa posibilidades y probabilidades. Si el autor es un sin techo, ¿cuál es el móvil? ¿Han dicho la verdad todos aquellos a los que han interrogado hasta el momento? ¿Seguro que no estaba ninguno de los artistas en el estudio a la hora en que se cometió el homicidio? La artista Theodora Markus se mostró muy abierta en un principio y después reservada. El móvil de su vecina, Nada, informa una y otra vez de que no está disponible en ese momento. ¿Mantenía Berger contacto con los artistas? Muy poco probable, a juzgar por lo que decora sus paredes. Si no es alguien cercano a él, ¿quién lo mató?

Cuando llega a casa, Judith recuerda de nuevo el sueño, el enigmático mensaje que, por algún motivo, se le antoja más amenazador aún que la noche anterior.

Ahora sabes lo que se siente.

Una mentira pura y dura.

En el reproductor de CD sigue Patti Smith, que canta que la noche es de los amantes. También eso es mentira, a juzgar por las estadísticas policiales, pero Judith se lía un cigarrillo y, pese a todo, la escucha.

**A**Yekaterina le gusta la lluvia, que en Alemania cae incluso en invierno, ya que uno de los primeros recuerdos de su infancia es el frío. Grasa aceitosa en las mejillas rojas. Pestañas heladas. Guantes de lana tiesos por el frío. El dolor cuando por fin volvía estar a cubierto y se frotaba los dedos delgados ante la estufa. Y fuera, sobre todo, el cielo: alto, majestuosamente sereno e implacablemente oscuro en cuanto el frío sol se hundía tras el horizonte del que acababa de elevarse hacía escasos minutos.

Yekaterina se levanta y devuelve las últimas carpetas al archivador. Las historias de los pacientes del proyecto modelo destinado a contener la violencia doméstica son un legado de su predecesora. Después de practicar la autopsia Yekaterina se puso a leer los casos como una posesa, renunciando a los demás planes que tenía para el fin de semana. Hematomas. Quemaduras.

Calvas sangrientas en la cabeza, allí donde el cabello fue arrancado a puñados. En todas las carpetas hay dolor. Yekaterina echa mano de la tetera maquinalmente, pero casi está vacía, y las últimas gotas son amargas. Le vendría bien un trago de vodka, calor interior, un instante de olvido. Pero no se puede permitir distracciones. Masca un pedazo de azucarillo, una mala costumbre del parvulario que en la actualidad sólo adopta en momentos de estrés. En el archivador no hay ninguna historia de alguien llamada Ines, ni siquiera con otro nombre, al menos Yekaterina no la ha reconocido en ninguna de las fotos. ¿Quién es esa mujer a la que han violado de manera brutal y casi estrangulado? ¿Qué iba buscando allí? Y ¿por qué salió corriendo?

A Yekaterina le cuesta admitir que esa mañana cometió un error. Los errores son peligrosos, pueden costarle el trabajo, tal vez el permiso de residencia, y en su lugar de origen incluso la vida. Debió insistir en que la tal Ines se identificara antes de examinarla. Debió preguntarle por la sangre de la ropa interior. ¿Y si la paciente tenía heridas internas? ¿Tendrá algún problema médico ahora debido al descuido de Yekaterina? Debí convencerla de que me dejara hacerle una exploración ginecológica, piensa. Lo que opine la mujer no importa, el médico soy yo, debí imponerme.

Pero ése precisamente es el problema. En discusiones profesionales a Yekaterina no le cuesta lo más mínimo defender su punto de vista, y las autopsias las realiza casi con los ojos cerrados. Tampoco tiene que ver con el idioma, su alemán es prácticamente perfecto. Se ha acostumbrado a la lluvia, a la comida, a las calefacciones que funcionan, a la puntualidad de los trenes y los autobuses y a todas las demás comodidades que en Alemania todos dan por sentadas. Lo único que sigue resultándole extraño son los propios alemanes. Y ahora es la directora de un proyecto que no sólo la obliga a tratar con tacto a mujeres que han sido vejadas, sino que además le exige colaborar estrechamente con organizaciones de mujeres cuya ideología no es capaz de entender.

Yekaterina pone a hervir más agua para hacer té y se obliga a calmarse. La mujer llamada Ines llevaba consigo un estúpido

artículo de periódico, no daba la impresión de que viniera de uno de esos centros de asesoramiento ni de que tuviera la intención de ir allí después para quejarse de los descuidos de Yekaterina. En cambio habló de Antje Schmitt-Mergel, su predecesora, como si la conociera.

No tengas miedo, Katiuska, y estarás segura. Cuántas veces decía su abuela esa frase. Y la verdad es que no tengo miedo, piensa Yekaterina. No tengo miedo, no he hecho nada mal. Sólo me siento insegura, y eso se debe únicamente a que me enfrento a un cometido nuevo y aún no conozco a nadie en esta ciudad. Se sirve té, añade azúcar a la taza, se sienta a la mesa y bebe. ¿Quién es esa Ines? ¿Qué le ha sucedido? Su forma de mirar a Yekaterina: con pánico. Pero al mismo tiempo había algo más en sus bonitos ojos verde claro. Algo peligroso.

Cierra el ordenador, lava los cacharros del té, se pone el abrigo y el gorro de pieles, el cual, como ha comprobado, también la protege de la lluvia de Colonia. Después de un día tan largo está rendida, agitada, y probablemente sea ése el motivo por el que ya en la escalera decide bajar de nuevo al sótano. Allí el leve zumbido de los tubos fluorescentes es lo único que se escucha y, como de costumbre, en presencia de los muertos Yekaterina se tranquiliza. La hoja que le desgarró el corazón y los pulmones por la espalda al conductor de tren Wolfgang Berger estaba muy afilada y medía unos siete u ocho centímetros. Han documentado con suma precisión cada una de las puñaladas, y aunque Karl-Heinz Müller, su colega, la sacó de quicio con sus silbidos, en lo tocante a su profesionalidad Yekaterina siente un gran respeto. De manera que es imposible que se hayan pasado algo por alto, y sin embargo de pronto ya no se siente satisfecha con el informe, como si en él faltara una tesela diminuta en cuya importancia uno no repara hasta que se introduce en el conjunto del mosaico.

El conductor del cercanías está en la cámara frigorífica número 18, en la hilera del centro. Yekaterina sitúa una carretilla elevadora eléctrica delante de la cámara y carga en las horquillas la camilla de acero donde yace el cadáver. No es capaz de darle la vuelta, ha de conformarse con tumbarlo de costado. Lleva la

carretilla a la sala de autopsias, la coloca bajo una lámpara y coge una lupa. Observa las heridas de nuevo, centímetro a centímetro. Entonces la ve: una marca sutil, muy, muy sutil, atravesada en la puñalada número cinco, de escasos milímetros de ancho. Puede que no signifique nada, tal vez ya estuviera allí antes de que se perpetrara el asesinato, quizá incluso la haya causado la autopsia. Pero también podría ser el indicio que necesitan, la primera pista.

La mano de Yekaterina descansa en el hombro frío y desnudo de Berger, pero el contacto con la piel del cadáver tampoco desvela los últimos secretos del hombre.